

»¿O tal vez de las manos al auriga  
 »las riendas se cayeron, y no pudo  
 »al pasar de la meta sujetarlas?  
 »Pienso que allí cayó precipitado  
 »y el carro se rompió, y que desuncidas  
 »fuera las dos salieron del camino.  
 »Levantaos, y ved si al que primero  
 »viene de todos conoceis. Yo juzgo  
 »que es el hijo del ínclito Tideo  
 »y oriundo de Etolia, Diomédes,  
 »el poderoso Rey de los Argivos.»

Y Ajax de Oileo, en ásperas razones,  
 le respondió enojado: «¡Idomeneo!  
 »¿por qué, sin esperar á que otros hablen,  
 »necias palabras dices? Allí vienen  
 »de Eumelo las dos yeguas voladoras.  
 »Tú no eres de los Griegos el más jóven,  
 »ni más tu vista alcanza; pero siempre  
 »gárrulo has sido. Y á tu edad no asienta  
 »bien ligereza tanta, cuando muchos  
 »aquí presentes hay que los primeros  
 »deberían hablar. Las mismas yeguas,  
 »que delante de todos hemos visto  
 »á la meta llegar, también ahora  
 »vienen primeras: las de Eumelo, y tiene  
 »él la brida, y el carro no se ha roto.»

Altamente indignado el Rey de Creta,  
 «Ajax (le dijo) ¡insultador eterno!  
 »Solo para injuriar eres valiente,  
 »y en lo demás á los Aquivos todos  
 »eres muy inferior; pero atrevido  
 »é insolente naciste. Una caldera,  
 »ó un trípode, apostemos y elijamos  
 »por juez á Agamenon; y este decida  
 »cuáles son los caballos que primeros  
 »vienen de todos. Perderás la apuesta,  
 »y sabrás los que son.» Así decía  
 el Rey de los Cretenses; pero alzóse  
 Ajax enfurecido, y con palabras  
 todavía más duras insultado  
 hubiera al Rey, y la fatal rencilla  
 durado hubiera más, si el mismo Aquiles  
 alzado no se hubiese, é interpuesto  
 entre los dos caudillos, no dijera:

«¡No más os injurieis, amigos caros!  
 »No os está bien, y con razon vosotros  
 »al que lo mismo hiciera culparíais.  
 »Volved á vuestra silla, y desde el circo  
 »observad los bridones; que aspirando  
 »ellos también á la victoria presto

»ya llegarán aquí, y entónces todos  
 »conoceréis los que primero vienen  
 »y cuáles son los que detrás quedaron.»

Cuando acabó de hablar, ya estaba cerca  
 el hijo de Tideo; que impaciente  
 por llegar el primero, á sus bridones  
 sin cesar con el látigo en el lomo  
 heria; y los bridones, levantando  
 en galope los piés, rápidamente  
 el trecho de camino que faltaba  
 corrieron y al auriga con el polvo  
 que de la tierra alzaban rociaron.  
 Y con tal rapidez la alta carroza  
 arrastraban, que apenas en el suelo,  
 siendo de leve arena movediza,  
 la señal por los calces estampada  
 se conocía: tal la ligereza  
 era con que los dos apresurados  
 por el camino rápidos volaban.

Al cerco ya venido Diomédes,  
 detuvo el carro; y el sudor corría  
 del pecho y de la crin de los bridones  
 hasta la tierra, y del brillante carro  
 él descendió y el látigo sonoro  
 colgó del yugo. Ni remiso andaba  
 Esténelo entre tanto; que al instante  
 se apoderó del premio, y la cautiva  
 entregó á los donceles: y gozosos  
 ellos, al pabellon la condujeron,  
 y el trípode llevaron de dos asas;  
 y en tanto él desuncia los bridones.

Llegó el segundo Antíloco, por fraude  
 y no por ligereza á Menelao  
 dejando atrás; pero aun así no mucho  
 tardó en llegar el poderoso Atrida.  
 Cuanto dista el caballo de la rueda  
 del carro en que su dueño está subido,  
 cuando le arrastra por la gran llanura;  
 que de la rueda sobre el ancho calce  
 con las últimas cerdas de la cola  
 tocando va miéntras veloz camina,  
 y arrimado al timon pone la planta  
 no lejos de la rueda que le sigue  
 de cerca siempre sin tocarle nunca;  
 tanto entónces Antíloco distaba  
 de Menelao, aunque, al pasar delante  
 aquel en el barranco, todo el trecho  
 atrás este quedara que recorre  
 redondo disco por robusta mano  
 lanzado con empuje. Pero pronto

logró alcanzarle; que la fuerte yegua  
 de Agamenon, en cólera inflamada,  
 redobló su correr. Y si más tiempo  
 durara la carrera, á los caballos  
 de Antíloco pasara y la victoria  
 dudosa no sería. Meriões  
 llegó despues, y á la distancia grande  
 venía del tercero á que se extiende  
 lanza que vibra poderoso atleta;  
 porque pesados eran sus bridones,  
 y él no muy diestro en dirigir el carro  
 en la carrera. El último de todos  
 llegó el hijo de Admeto, y á la rastra  
 el carro conducía, y sus dos yeguas  
 antecogidas, triste caminaba.  
 Compadeciósese el generoso Aquiles  
 al mirarle, y volviéndose á los Griegos,  
 así dijo en palabras voladoras:

«El último de todos con su carro  
 »el Rey ya llega que mejor sabía  
 »sus bridones guiar. Justo parece  
 »darle el premio segundo, ya que lleva  
 »Diomédes el primero.» Los Aquivos  
 el dictámen de Aquiles aprobaron;  
 y aplaudiéndolo todos, aquel premio  
 Eumelo recibiera, si ofendido,  
 y con razon, Antíloco no hubiese  
 así triste exclamado: «Ofensa grave  
 »me harás, Aquiles, que sufrir no puedo,  
 »si cumples lo que has dicho y me despojas  
 »del premio que he ganado. Yo conozco  
 »que á Eumelo se le das porque ha rotpido  
 »su carro una Deidad, y sus dos yeguas  
 »ha extraviado tan valientes siendo,  
 »y él también el mejor de los aurigas.  
 »Pero debió á los Dioses del Olimpo  
 »humilde suplicar; y si lo hiciera,  
 »no llegara de todos el postrero.  
 »Si tú de él te apiadas y premiarle  
 »quieres también, en abundancia tienes  
 »dentro tus tiendas oro, tienes bronce,  
 »tienes lindas esclavas y alazanes,  
 »y de ovejas rebaños numerosos  
 »tuyas la hierba pacen. De estas cosas  
 »la que te agrada toma y mayor premio  
 »dale despues si quieres, ó aquí mismo,  
 »para que los Aqueos generoso  
 »te llamen y te aplaudan; mas la yegua  
 »yo no le cederé. Si alguno quiere  
 »á la fuerza quitármela, sus armas

»conmigo ha de medir.» Así decía  
 acalorado el jóven, y al oírle  
 Aquiles sonrióse; y se alegraba,  
 porque era amigo suyo, de que firme  
 ceder á otro la yegua resistiese,  
 y así le dijo en cariñosas voces:

«¡Antíloco! pues dices que otro premio  
 »á Eumelo dé sacado de mi tienda,  
 »así lo quiero hacer. Una coraza  
 »de bronce le daré cuyas orillas  
 »están orladas de fulgente estaño,  
 »y en mucho precio deberá tenerla;  
 »que es la de Asteropeo, y de los hombros  
 »se la quité yo mismo.» Así decía  
 Aquiles, y á su auriga Automedonte  
 mandó que de la tienda la trajese.  
 Fué el auriga, la trajo, y en la diestra  
 la puso Aquiles del valiente Eumelo,  
 que alegre la tomó. De los Aquivos  
 en medio alzósese luego Menelao,  
 doliente el corazon y ardiendo en ira  
 contra el jóven Antíloco. El heraldo,  
 en la mano poniéndole su cetro,  
 mandó á todos callar; y comparable  
 el Atrida á los Dioses, así dijo:

«¡Antíloco! Si tú prudente fuiste  
 »antes de ahora, ¿cómo tal falsía  
 »has cometido? Mi valor en duda  
 »has puesto, y con tu carro atropellaste  
 »mis bridones pasando con los tuyos,  
 »siendo ménos valientes que los míos.—  
 »¡Príncipes y adalides de la Grecia!  
 »aquí en medio juzgad quién de nosotros  
 »agravio recibió, ni la balanza  
 »el valimiento incline; porque nadie  
 »de los presentes diga que oprimiendo  
 »con calumnias á Antíloco, la yegua  
 »se llevó Menelao, é inferiores  
 »mucho eran sus caballos, aunque él mismo  
 »en fuerza aventajase y valentía  
 »á su competidor. O de otro modo  
 »decidiré yo mismo la contienda,  
 »y espero que ninguno de los Dánaos  
 »mi decision acusará de injusta;  
 »porque recta será.—La antigua usanza  
 »siguiendo ahora, Antíloco, pues eres  
 »Príncipe tú también, aquí te acerca:  
 »y delante del carro y los bridones  
 »colocado, y el látigo teniendo  
 »en la izquierda con que ántes aguijabas

»á tus caballos, y poniendo ahora  
 »en ellos la derecha, al Dios Neptuno  
 »jura que por error has empleado  
 »doloso ardid para pasar delante,  
 »mi carro deteniendo.» Confundido  
 Antíloco á su voz, respondió triste:  
 «La ofensa me perdona, oh Menelao;  
 »pues soy mucho más mozo y en prudencia  
 »y en edad me aventajas, y conoces  
 »cuáles son los errores juveniles.  
 »Viveza tiene el jóven, pero escasa  
 »es su prudencia aún. Nunca recuerde  
 »tu corazon mi falta; y yo gustoso  
 »la yegua te daré que he recibido.  
 »Y si alguna otra cosa de más precio  
 »de mis propias riquezas me pidieses;  
 »dártela yo al instante más quisiera  
 »que perder para siempre tu cariño  
 »y hacerme criminal ante los Dioses.»  
 Así el hijo de Néstor al Atrida  
 respondió: y por su mano conduciendo  
 la yegua él mismo, se la dió; y el alma  
 de Menelao en inefable gozo  
 bañada fué, como el rocío moja  
 en derredor la espiga cuando empieza  
 la granazon y las doradas mieses  
 ya los campos erizan. De este modo,  
 oh Menelao, el corazon sentiste  
 entónces tú bañarse en alegría;  
 y hablando con Antíloco, estas breves  
 palabras le dijiste: «Aunque irritado  
 »contigo estaba, Antíloco, á tu ruego  
 »no inflexible seré; porque hasta ahora  
 »imprudente no has sido ni liviano:  
 »y si hoy funesto error has cometido,  
 »venció la poca edad á la prudencia.  
 »Pero ya más con viles arterías  
 »no quieras suplantar á los mayores;  
 »pues si no fueras tú, de los Aqueos  
 »otro ninguno mi furor calmado  
 »tan pronto hubiera. Pero al fin conozco  
 »que tú muchas fatigas has sufrido  
 »y mucho has trabajado por mi causa,  
 »y tu buen padre, y tu valiente hermano.  
 »Te otorgo, pues, la gracia que me pides;  
 »y aunque mia es la yegua, te la cedo,  
 »para que todos vean que yo nunca  
 »soberbio fui ni duro.» Así decia:  
 y á Noemon, de Antíloco escudero,  
 dió la yegua y mandó que la llevara,

y él la caldera recogió luciente.  
 Los dos talentos de oro Meriónes  
 recibió ,porque el cuarto en la carrera  
 habia sido. La brillante jarra,  
 último de los premios ofrecidos,  
 que adjudicar faltaba; pero Aquiles,  
 tomándola y el circo atravesando,  
 á Néstor la ofreció y en cariñosas  
 voces le dijo: «¡Anciano! tú recibe  
 »aqueste don, y el monumento sea  
 »que á tu memoria el funeral recuerde  
 »del infeliz Patroclo, ya que nunca  
 »le volverás á ver entre los Dánaos.  
 »Yo este premio te doy, aunque á ganarle  
 »tú no hayas concurrido; porque veo  
 »que ni en el pugilato ni en la lucha  
 »tú podrás combatir, ni aguda flecha  
 »con el arco lanzar, ni en la corrida  
 »el estadio medir, pues ya te oprime  
 »la triste senectud.» Estas palabras  
 dichas, á Néstor en las manos puso  
 la magnífica jarra, que gozoso  
 él recibió, y al generoso Aquiles  
 respondió grato en cariñosas voces:  
 «¡Hijo! verdad dijiste: ya mis piernas  
 »flaquean y mis piés, ni ya los brazos  
 »con el vigor se mueven que solian.  
 »Hiciera el cielo que tan jóven fuese  
 »ahora yo, y enteras conservase  
 »la fuerza y robustez, como aquel día  
 »en que los funerales en Buprasio  
 »al poderoso Rey Amarinceo  
 »los Epeos hacian, y los hijos  
 »del Rey para los juegos propusieran  
 »premios de gran valor! Allí ninguno  
 »de los Epeos, ni de los Etolos,  
 »ni de los fuertes Pilios, á igualarse  
 »llegó conmigo en el valor. Primero  
 »vencí en el pugilato á Clitomédes,  
 »hijo de Énope; á Anqueo de Pleurona,  
 »que á combatir se ofreció orgulloso,  
 »en la lucha vencí; y en la carrera  
 »vencí tambien á Ificlo, aunque ligero  
 »era de piés. En manejar la pica  
 »á Fileo, por fin, y á Polidoro  
 »fui superior; y solo con su carro  
 »me pasaron delante los dos hijos  
 »de Actorion; que la victoria mucho  
 »alcanzar deseaban, porque premios  
 »mayores y más ricos ofrecidos

»fueron al vencedor en la carrera.  
 »Y si alguna ventaja me llevaron,  
 »al número tan sólo la debieron;  
 »porque ellos eran dos, y siempre el uno  
 »atento los caballos dirigia,  
 »y el otro con el látigo sonante  
 »los aguijaba. Tal en otro tiempo  
 »era yo; mas ahora en estas lides  
 »los jóvenes combatan; resignarme  
 »en la triste vejez me toca solo,  
 »ya que en la mocedad entre los héroes  
 »pude sobresalir. Tú continúa  
 »en honrar la memoria de tu amigo  
 »con funerales juegos: yo la jarra  
 »de buen talante admito. Y se me alegra  
 »el corazon al ver que del buen Néstor  
 »siempre te acuerdas tú, ni desconoces  
 »cuáles las honras son con que yo debo  
 »ser entre los Aqueos distinguido.  
 »Así con larga mano las Deidades  
 »tu generosidad benignas premien.»  
 Néstor calló: y el hijo de Peleo,  
 despues que el grande elogio hubo escuchado  
 que de sí mismo hiciera el rey de Pilos,  
 el circo atravesó, y al que venciese  
 del duro pugilato en el combate  
 una mula ofreció, que con el tiempo  
 sería del trabajo sufridora,  
 pero entónces cerril y que no fácil  
 dejaria domarse. Aun no cerrara,  
 pues seis años tenía; y por el circo  
 primero paseándola, á un madero  
 la mandó atar. Al que vencido fuese  
 una brillante copa de dos asas  
 dar ofreció; y en medio levantado  
 de los Aqueos, dijo á los Atridas  
 y demas campeones de la Acaya:  
 «Los dos más valerosos combatientes  
 »que, los puños alzados, con gran fuerza  
 »sepan herir, á disputar el premio  
 »se presenten: y aquel á quien Apolo  
 »en este duelo singular conceda  
 »la dudosa victoria, y los Aqueos  
 »todos aclamen vencedor, la mula  
 »lleve luego á su nave. El que vencido  
 »fuere en la lid, recibirá la copa.»  
 Alzóse alegre corpulento atleta,  
 y forzado, y perito en el combate  
 del pugilato, el hijo de Panópes,  
 Epeo: y acercándose á la mula

y en ella puesta la robusta mano,  
 en alta voz gritó: «Quien sólo aspire  
 »á llevarse la copa, se presente;  
 »porque la mula sé que de los Griegos,  
 »venciéndome en el duro pugilato,  
 »ninguno llevará. Tengo la gloria  
 »de ser en estas luchas el primero.  
 »¿No basta acaso que en las lides sea  
 »á mucho inferior? A nadie es dado  
 »sobresalir en todo. Mas ahora,  
 »(yo se lo anuncio, y lo verá cumplido)  
 »al campeón que á combatir venga  
 »rasgaré el cútis, desharé los huesos,  
 »y será menester que sus amigos  
 »reunidos estén, y del combate  
 »pronto le saquen cuando caiga en tierra  
 »por mí vencido.» Al escuchar sus voces  
 todos enmudecieron, y ninguno  
 al combate salía. Al fin el hijo  
 de Mecisteo, Eurialo, á los Dioses  
 en beldad parecido, á combatirle  
 se presentó animoso, de su padre  
 emulando la gloria; que otro tiempo  
 en Tébas á los juegos por la muerte  
 del infeliz Edipo celebrados  
 asistiera, y á todos les Cadmeos  
 venció en el pugilato. Al ver Diomédes  
 que su amigo en la lid se presentaba,  
 para ayudarle á desnudar alzóse;  
 y en tanto á pelear como valiente  
 le animó con su voz, porque en la liza  
 que vencedor saliese deseaba.  
 Y ya desnudo el jóven, lo primero  
 le puso el ceñidor, y á las dos manos  
 le acomodó despues el guante duro  
 hecho de piel de montaraz novillo.  
 Puesto ya el ceñidor, los dos rivales  
 del circo en la mitad se presentaron:  
 y en altoalzada la robusta diestra,  
 el combate empezaron, y sus fuertes  
 brazos se confundieron, y á los golpes  
 que se daban crujian las mejillas  
 en horrisono ruido, y de su cuerpo  
 todo corria en abundancia mucha  
 el sudor hasta el suelo. Furibundo  
 golpe en la cara el valeroso Epeo  
 dió á su rival, que con atentos ojos  
 en derredor miraba, y la mejilla  
 le quebrantó: ni el infeliz ya pudo  
 tenerse en pié, y en fragoroso estruendo